

que es un corazón de ángel! —añadió volviéndose á los demás, con la sonrisa en los labios.

—Doña Felicidad, se engaña usted, —dijo Jorge, de pie ante ella. —Hablo en serio; soy una fiera.

Todos se rieron.

—Si engañó á su marido, —continuó severamente, —estoy porque la mates. En el salón, en el abismo, en la calle: no importa dónde, pero que la maten. ¿Debo consentir que, en semejante caso, un miembro de mi familia, un primo mío se deje llevar de la clemencia como un tonto? ¡No!

Y encarándose con Ernestillo:

—¡Mátala! Es una máxima de familia. ¡Mátala lo antes posible!

—Aquí hay lápiz, —dijo Julián, presentando uno.

—No, no puedo creer que hable en serio nuestro Jorge —dijo el Consejero gravemente. —Es demasiado instruido para tener ideas tan... tan...

No encontró el adjetivo. Julián le presentó un pailero; un mono que se agachaba bajo un quitasol erizado de mondadientes. Tomó uno y siguió:

—Tan... tan anticivilizadoras.

—Pues se engaña usted, señor Consejero, —afirmó Jorge. —Tengo esas ideas que son mías propias: bien entendido que, si como se trata de una comedia, se tratara de la vida real y Ernesto viniera á decirme: "He hallado á mi mujer..."

—¡Oh, Jorge! —dijeron alrededor, en son de reproche.

—Pues si viniera á decirme eso, le contestaría lo mismo. Os doy mi palabra de honor, —añadió con enérgico ademán, —que le diría: "mátala".

Todos protestaron. Se le llamó Otelo, tigre, Barba Azul. Jorge no respondió; sonreía tranquilamente.

Luisa bordaba en silencio. La luz de la lámpara,

debilitada por la pantalla, daba á su cabello un tinte dorado mate y resbalaba por su piel blanca, como por el mármol de una estatua.

—¿Y tú? —preguntó doña Felicidad; —¿qué dices de esto?

Luisa levantó su lindo rostro, sonrió y se encogió de hombros.

—La señora doña Luisa, —arguyó el Consejero, —dirá con orgullo lo que dicen las verdaderas madres de familia: "Las impurezas del mundo no salpican ni á los bordes de mi túnica."

—Buenas noches en general, —murmuró en la puerta una voz de bajo profundo.

—¡Sebastián! —exclamaron todos los convidados, volviéndose. —¡Don Sebastián! ¡El gran Sebastián! ¡Sebastián, tronco de árbol! El íntimo, el camarada, el inseparable de Jorge desde el aula de latín en casa del hermano Liborio de los Paulistas.

Era un coloso, todo de una pieza, completamente vestido de negro y con su sombrero blando, de alas anchas, que conservaba en la mano. La frente indicaba un principio de calvicie; sus cabellos castaños, muy suaves, estaban despeinados y flotaban como si fueran á volar.

Fué á sentarse junto á Luisa, y como le preguntaron que de dónde venía, dijo que del Circo de Price: se había reído mucho con los clowns que habían hecho la pantomima del tonel.

Su cara, á plena luz, mostraba ser redonda, gruesa y colorada: los ojos un poco pequeños, de un azul claro, eran muy dulces, sobre todo cuando reía: los labios rojos y sanos; los dientes brillantes, revelaban una vida sosegada y aficiones castas. Hablando del circo de Price, recordaba las antiguas pantomimas del Salitre, las vejigas clásicas que estallaban con ruido cuando el payaso se dejaba caer sobre

ellas. Su palabra era tardía, un tanto medrosa, como si temiese adelantar una opinión ó fatigarse. Se le trajo te, y con los ojos aun llenos de sonrisas, removía el azúcar con la cucharilla.

—Pero qué cosa tan bonita y divertida es la pantomima del tonel. ¿Te vas mañana, Jorge?—añadió después de un rato de silencio.

—Decididamente.

—¡De buena gana iría contigo!

Aquel viaje al campo le causaba envidia, ¡pero estaban los caminos tan malos!... Por otra parte, no podía quedar la casa al cuidado de criados...

—Sebastián,—dijo Jorge;—haz el favor de oír una palabra.

Entró en el despacho seguido de Sebastián con su paso pesado, su espalda encorvada y con los faldones de la levita golpeándole las piernas, levita que parecía cortada de un manteo de cura.

—¿De modo que te vas mañana á las siete?—preguntó Sebastián una vez solos.

—Es preciso.

El despacho en que estaban era una pieza pequeña con una larga estantería resguardada con vidrieras; sobre ella había una bacante furiosa, cubierta de polvo. La mesa, sobre la que se veía un viejo tintero, herencia del abuelo, estaba delante de la ventana; una colección del *Diario oficial* apilada en un rincón. Pendiente de la pared, sobre la butaca de *manoquín*, un cuadro negro, retrato de Jorge y sobre el cuadro dos espadas en forma de aspa. En el fondo, la puerta con portier de reps rojo, daba al pasillo de la escalera.

—¿Sabes quién ha venido esta mañana?—dijo Jorge llenando su pipa.—Pues esa descarada de Leopoldina... ¿Qué te parece, eh?

—¿Y entró? ¿Ha entrado?—preguntó Sebastián en voz baja.

—Entró, se sentó y ha estado de visita todo el tiempo que le pareció bien.

Encendió el fósforo y añadió violentamente:

—¡Cuando pienso que esa desvergonzada ha estado en mi casa! Una mujer que tiene más amantes que camisas. Que este año en los bailes de Carnaval anduvo con todo el mundo. ¡La mujer del Zagalón, ese granuja que ha falsificado una letra!

Y casi al oído de Sebastián añadió:

—Una mujer que ha dormido con Mendoza. ¿Tú recuerdas á Mendoza? Aquel seboso de los callos.

Tuvo un gesto furioso y exclamó:

—Pues esa mujer viene á mi casa, abraza á Luisa respira mi aire. Palabra de honor, Sebastián, si un día la tropiezo, la hago rodar las escaleras.

Sebastián murmuró lentamente:

—Todavía es peor que los vecinos la hayan visto entrar.

—Naturalmente; todo el mundo la conoce, se saben sus amantes y dónde los ve. Es la "Pan y queso". Todos en Lisboa se lo llaman... la "Pan y queso".

—La vecindad, la vecindad es lo peor,—murmuró Sebastián.

—¡Y la de esta calle! No puedes figurarte qué chismosa, qué enredadora.

Era un horror aquella calle. Pequeña, estrecha, amontonadas unas casas sobre otras. Una vecindad ávida de enredos. Cualquiera bagatela, el rodar de un coche bastaba para que la gente saliese á las ventanas.

—Es el diablo,—murmuró Sebastián.

—Y Luisa es un ángel—decía Jorge paseando por el despacho.—Pero tiene cosas de criatura. No com-

prende el mal. Es muy buena y se deja arrastrar. En este café Leopoldina, por ejemplo, como han sido amigas de chiquillas, no tiene valor ahora para cerrarle las puertas. Yo comprendo que es falta de carácter, que es bondad, pero las leyes de la vida tienen sus exigencias.

Después de una pausa añadió:

—Por eso Sebastián, mientras yo esté fuera; advierte á Luisa, si sabes que Leopoldina vuelve á casa. Luisa es así, se olvida, no reflexiona. Es necesario alguien que le advierta, que le diga: Alto ahí, eso no puede ser. Porque entonces reflexiona y es la primera en reconocer las cosas... Tu vas á hacerme el favor de venir á menudo por aquí. Si ves aparecer á Leopoldina, adviertes á Luisa. Ella sintiéndose apoyada tiene decisión. De otra manera se acoquina y se deja llevar. Sufre con eso, pero no tiene valor para decirle: No quiero verte. Luisa no tiene valor para nada: le comienzan á temblar las manos, se le seca la boca... Es mujer, demasiado mujer... No te olvides, Sebastián, es un favor que espero de ti.

—¿Cómo he de olvidarme, hombre?

Oyóse el piano en la sala y la voz de Luisa, fresca y clara, cantando la *Mandolinata*.

*Amici, la notte é bella,
la luna va spontari...*

—Siento tener que dejarla. La pobrecilla queda tan sola—murmuró Jorge.

Dió algunos pasos por el escritorio, fumando, con la cabeza inclinada sobre el pecho:

—Todo matrimonio bien organizado, querido Sebastián, debía tener dos hijos. ¡Debía tener por lo menos unõ!

Sebastián se acarició la barba en silencio. La voz de Luisa elevándose con cierto esfuerzo en las notas altas de la melodía, cantaba:

*Di cá, di lá, per la città
audiami á transnottari...*

Era una tristeza secreta de Jorge no tener un hijo. ¡Lo deseaba tanto! Todavía soltero, en visperas de su casamiento ya soñaba con aquella felicidad: ¡Su hijo! Lo veía de muy varias maneras: ó andando á gatas con sus piernecitas bermejas llenas de roscas y los cabellos rizados, finos, como hilos de seda; ó ya muchacho saliendo de la escuela con los libros bajo el brazo, con el rostro alegre, corriendo á mostrarle sus notas; ó todavía mejor: una niña blanca y rubia, con dos largas trenzas, viniendo hacia él sonriente, con los brazos abiertos, á posarle las manos en sus cabellos ya grises...

A veces sentía miedo de morir sin haber gustado aquella felicidad.

Sebastián y Jorge guardaban silencio. En la sala la voz aguda de Ernesto peroraba. Después de un momento Luisa volvió á comenzar la *Mandolinata* con un brío jovial.

La puerta del despacho se abrió para dar paso á Julián:

—¿Qué están ustedes conspirando? Vengo á decirles adiós. Me voy, que ya es tarde. Hasta la vuelta, Jorge. De buena gana me iría contigo á respirar aires puros y ver campos... pero...

Sonrió con amargura.

—Adiós, adiós.

Jorge salió á alumbrarle hasta el descanso de la escalera.

—Si quieres alguna cosa del Alentejo...

Julián se puso el sombrero.

—Nada, que lleves buen viaje. Dame un cigarro por despedida. Mejor será que me des dos.

—Llévate la caja. Yo cuando viajo sólo fumo en pipa. ¡Llévate la caja, hombre!

Entró en el despacho y volvió con ella envuelta en un *Diario de Noticias*. Julián metióse la bajo el brazo y descendió las escaleras. Desde abajo gritó:

—A ver si descubres una mina de oro.

Jorge y Sebastián entraron en la sala. Ernesto, de pie, á un lado del piano se retorció el bigote. Luisa preludiaba un vals de Strauss.

Jorge exclamó riendo y extendiendo los brazos.

—Doña Felicidad, un vals.

Ella se volvió plácidamente. ¿Y por qué no? Cuando muchacha bailaba como una peonza. Luego recordó que había tenido el honor de valsar con el Infante don Fernando, allá en tiempo de la Regencia, en un baile dado en el Palacio de las Necesidades. ¡Era un lindo vals de aquella época! *La perla de Ofir*

Doña Felicidad hallábase sentada al lado del Consejero y como reanudando una conversación anterior y más de su agrado murmuró en voz baja, mirando á su vecino:

—Créame le hallo un aspecto de salud como nunca.

El Consejero doblaba lentamente su moquero de seda de India.

—En llegando el verano me hallo siempre mejor. ¿Y á usted que tal le sienta el verano, doña Felicidad?

—Es cuando me hallo mejor. Muy buenas digestiones, muy libre de gases... ¡Me siento otra!

El Consejero sonrió.

—¡Si que se le conoce doña Felicidad, sí que se le conoce!

Tosió é iba á levantarse pero doña Felicidad le detuvo con un gesto al mismo tiempo que le decía:

—Espero que ese interés será verdadero...

Enrojeció. El corpiño flácido de su vestido de seda negro se hinchaba con el afanoso palpitante de su pecho.

El Consejero la miró gravemente y con las manos sobre las rodillas murmuró:

—Doña Felicidad, sabe que tiene en mí un amigo sincero...

La jamona levantó hacia él sus ojos apagados de donde salían revelaciones de pasión y súplicas de amor:

—Y usted tiene en mí, señor Consejero...

Dió un gran suspiro y abrió el abanico sobre el rostro. El Consejero se puso en pie muy secamente.

Con la cabeza alta y las manos apoyadas en la espalda se acercó al piano y preguntó á Luisa.

—¿Es alguna canción del Tirol, señora?

—Un vals de Strauss—murmuró Ernesto al oído del caballero.

—¡Ah! ¡muy famoso compositor! ¡Muy famoso!

Sacó el reloj y miró la hora frunciendo las cejas. Tenía necesidad de retirarse para coordinar algunas notas. Andando con solemnidad, se acercó á Jorge:

—Querido amigo, adiós. Régimen, mucho régimen en ese Alentejo. El clima es nocivo y la estación traidora.

Después, le abrazó conmovido. Doña Felicidad en tanto se ponía su mantilla de randas.

—¿Usted también se vá, doña Felicidad?—dijo Luisa.

Ella le explicó al oído: sí, hija, me siento un poco

mal; he comido demasiado... ¡Luego, ese hombre, ese hielol

Luisa tuvo que morderse los labios para no reirse.

— Ernesto, si usted vá para su casa, llevamos el mismo camino.

— Sí, señora.

Se puso el paletó resoplando; apretada entre los dientes la boquilla, una larga boquilla, donde una mujer desnuda se retorció sobre el lomo de un león domado.

— Adiós primo, salud y dinero. ¡Adiós! Para la representación de *Houva y Pasión* ya la mandaré un palco á Luisa.

Iba á salir, pero el Consejero ocupaba completamente la puerta. Habíase vuelto y con la mano pomposamente apoyada en el puño de su bastón, esperaba á que se hiciese el silencio para hablar:

— Jorge, me olvidaba. Lo mismo en Evora que en Beja visite á los gobernadores civiles. Yo le diré por qué: esa visita se la debe como primeros funcionarios, y además, porque pueden serle muy útiles en sus peregrinaciones científicas.

Inclinándose profundamente añadió: *al rivedere* como se dice en Italia.



Sebastián permaneció todavía algún tiempo haciendo tertulia á sus amigos. Luisa, para hacer desaparecer el humo del tabaco, abrió las ventanas. La noche estaba templada y serena. Una hermosa noche de luna.

Sebastián habíase sentado al piano y con la cabeza inclinada, dejó deslizar sus dedos por el teclado. Tocaba admirablemente con una comprensión muy fina de la música. Había compuesto una *Meditación*, dos valeses y una balada; pero eran estudios muy trabajados, llenos de reminiscencias y sin ninguna personalidad.

— De mi caletre, no sale nada, — solía decir el buen Sebastián dándose con la mano en la cabeza y sonriente; — pero de las manos ya es otra cosa.

Empezó á tocar un *Nocturno*, de Chopin. Jorge se sentó en el sofá al lado de Luisa.

— Ya tienes preparada tu merienda, — le dijo en voz baja su mujer.

— ¿Para qué has andado con eso? Con unas galletas y un frasco de cognac, me hubiera bastado.

— ¿No te olvidarás de telegrafíarme en cuanto llegues?

—No, mujer.

—¿Tú estarás de vuelta antes de quince días?

—Creo que sí.

Ella hizo un gracioso gesto de enfado.

—¡Mira que si no vienes, voy á buscarte! La culpa será tuya.

Luego, mirando en derredor, añadió:

—¡Qué sola voy á quedar en esta casa!

Se mordió los labios y quedó mirando la alfombra.

De repente con la voz todavía triste, murmuró:

—Sebastián, ¿quiere usted tocar unas malagueñas? ¿Hace el favor?

Sebastián preludió unas malagueñas. Aquella melodía cálida y lenta encantaba á Luisa. Le parecía estar en Málaga ó en Granada. Con certeza no sabía dónde. Era al pie de los naranjos, en una noche tibia y llena de aromas; las estrellas lucían en un cielo azul. A la luz de un farol, colgado de un árbol, *el cantaor*, sentado á la morisca, rasgueaba la guitarra, mientras en torno suyo, mujeres con corpiños rojos, palmeaban, llevando la cadencia.

En torno, reposa una Andalucía de novela y de zarzuela, ardiente y sensual, donde todos son brazos blancos que se abren para el amor, capas románticas que rozan las paredes, callejuelas sombrías donde brilla una lámpara ante la hornacina de un santo y se rasguea la guitarra, mientras pasan en la sombra con reposado andar los serenos que invocan á la Santísima Virgen, cantando las horas...

—¡Muy bien, Sebastián! Muchas gracias.

Sebastián, sonrió al mismo tiempo que cerraba el piano.

Fué á buscar su sombrero de anchas alas y dándole vueltas entre las manos se despidió:

—Vaya, buenas noches. Hasta mañana á las siete,

Vendré á despertarte, Jorge, y te acompañaré hasta el Barreiro.

—¡Excelente, Sebastián!

Jorge y Luisa se asomaron al balcón para verle salir. El silencio de la noche, difundía una plácida melancolía. El gas de los faroles, parecía moribundo. La sombra, que cortaba la calle con una línea recta y dura, tenía una tonalidad caliente. La luz arrojaba sobre las fachadas blancas una viva claridad y destellaba en el empedrado de la calle. Los cristales de una claraboya, relucían á lo lejos como una vieja lámpara de plata. Todo aparecía inmóvil. Instintivamente los ojos alzábanse á la altura, buscando la luna serena y blanca.

—¡Qué hermosa noche!

Sintióse el golpe de la puerta, y la voz de Sebastián que hablaba desde la acera.

—Da gana de dar un paseo, ¿verdad?

—Sí, por cierto.

Jorge y Luisa continuaron en el balcón como emperzados por la tranquilidad de la noche y el resplandor de la luna. Comenzaron á hablar del viaje en voz baja. A aquella misma hora, ¿dónde estaría él mañana? Ya en Evora tal vez: en alguna sala triste de posada, paseando aburrido y solo sobre un pavimento de ladrillos. Pero volvería pronto. Jorge tenía esperanza de hacer gran negocio con Paco, aquel español que explotaba las minas de Portel, ganando algunos millares de reis, y entonces, podría procurarse algún descanso en el mes de Septiembre. Hacer un viaje al norte, á Porto, industriosa ciudad; después pasar á Bussaco, subir á las montañas, beber el agua fresca de los manantiales, nacida en una roca, bajo la fresca espesura de los árboles; visitar la playa famosa de Espinho, sentarse

sobre la arena, respirando un aire puro impregnado de ázoe; contemplando la mar azulada, con ese color metálico y brillante del gran Océano en el estío, apercibiendo á lo lejos, microscópico, un gran vapor navegando hacia el sur. Y el uno y el otro seguían formando proyectos, envueltos en una atmósfera de dicha inmensa.

Jorge dijo:

—Si hubiera un chiquitín en casa no te quedarías tan sola.

Luisa suspiró. Ella también lo deseaba con toda su alma. Se llamaría Carlos Eduardo. Veíale dormido en su cuna, desnudo, cogiendo con su manita los dedos de su pie, bebiendo la vida en la punta rosada de su pecho... Un estremecimiento de infinito deleite recorrió su cuerpo y pasó un brazo sobre el hombro de Jorge. ¿Por qué algún día no había de tener uno? Seguramente lo tendrían. Pero ella no podía imaginarse á su hijo ya hombre y á Jorge viejo; veíalos siempre en el mismo estado; el uno amante, joven, fuerte; el otro sonriente pendiendo de su seno, corriendo á gatas y balbuceando. Esta existencia de una dulzura igual henchida de un mismo enternecimiento amoroso, reposada, tibia y luminosa como aquella noche, se le antojaba que debía ser eterna.

—¿A qué hora quiere la señora que la despierte?
—dijo la voz áspera de Juliana.

Luisa se volvió.

—A las siete; ya se lo he dicho á usted hace un momento.

Cerraron el balcón. En torno de la luz revoloteaba una mariposa blanca. Era un augurio feliz.

Jorge abrazó á su mujer.

¿Conque vas á quedarte viuda?—dijo tristemente.

Luisa dejó pesar su cuerpo sobre las manos cruzadas de su marido. Le miró con una larga mirada que se nublaba y oscurecía y rodeándole el cuello con el abrazo lento, armonioso y solemne de sus brazos, le puso en la boca un beso grave y profundo. Al mismo tiempo un vago sollozo levantaba su pecho.

—¡Jorge querido!